

COMUNIDADES Y SERVICIOS

¿Es posible formar una comunidad cristiana de pobres?, ¿puede constituirse a partir de la estructura tradicional parroquial? ¿Qué papel debe adoptar el sacerdote para que esta comunidad sea auténticamente del pueblo? A partir de las recientes experiencias en América Latina, el autor nos expone las condiciones básicas sobre las que deben asentarse los intentos de creación de estas comunidades. Aunque sus reflexiones miren primariamente a Latinoamérica, creemos que no carecen de vigencia para nosotros.

Communautés et Ministeres, Spiritus, 54 (1973), pp. 371-386

En América Latina el movimiento de las comunidades de base data de hace diez años. Estas comunidades forman parte del plan pastoral de conjunto de la Conferencia Episcopal del Brasil en 1965, y fueron adoptadas oficialmente por la segunda Conferencia Episcopal latinoamericana reunida en 1968 en Medellín, como una estructura fundamental de la renovación de la Iglesia en todo el continente. Y así como en Europa las "comunidades de base" tienen un cierto sabor contestatario, en América Latina vienen a ser la pastoral oficial de la Iglesia, aunque no todas las Conferencias Episcopales (Colombia y Venezuela por ejemplo) muestran el mismo interés por ellas y una parte del clero opone una resistencia pasiva a estas disposiciones.

Por otra parte, la realidad concreta a la cual damos el nombre de "comunidades de base" es, aquí en América Latina, un movimiento eminentemente popular. Son comunidades nacidas en un medio pobre y poco cultivado, entre campesinos de cultura tradicional y sub-proletarios de las grandes ciudades.

¿Iglesia para los pobres o Iglesia de los pobres?

Las estructuras tradicionales de la Iglesia actual, parroquias, instituciones de educación o de asistencia, movimientos, etc, pueden, en el mejor de los casos, crear una Iglesia *para* los pobres, pero son incapaces de permitir la existencia, y menos aún, de suscitar una iglesia *de* pobres. Éste es el problema que pretendemos tratar brevemente en estas páginas. El movimiento de comunidades de base plantea problemas eclesiológicos, pero no se puede orillar la cuestión resolviendo en abstracto cada uno de los problemas.

La teología implicada en el debate

Citemos cuatro cuestiones teológicas más directamente afectadas: 1) relación entre el movimiento *ad intra* y el movimiento *ad extra* en la Iglesia; 2) las relaciones verticales y las relaciones horizontales; 3) relación entre la palabra y los sacramentos; 4) relación entre las *élites* y las masas. Las comunidades de base han dado una profundidad insospechada a estos problemas y concretamente en América Latina, en este momento, adquieren un sentido muy preciso.

1) Iglesia ad intra e Iglesia ad extra

Las iglesias son misioneras o no son iglesias, sino sinagogas. Las sinagogas reúnen a los hijos de Israel que son un pueblo contado y delimitado, sin ninguna misión hacia las naciones extranjeras. No sucede lo mismo con las iglesias: éstas son comunidades provisionales, itinerantes, que caminan hacia las naciones hasta que su Asamblea sea completa. La comunidad actual vive la alegría del Reino, pero sin reposar en ella. De esta situación compleja resulta un doble dinamismo que es a la vez formación de grupos y dispersión de los mismos. El equilibrio entre los dos constituye la naturaleza inestable y viva de la Iglesia.

Hay también otra dimensión. El cristianismo debe ser vivido en lo cotidiano y de ahí que el cristiano se encuentra orientado hacia el mundo. Al mismo tiempo, la palabra de Dios y la gracia le son dadas al cristiano en la Iglesia y, por tanto, está igualmente orientado hacia la Iglesia. Ésta tiene también sus actividades y, como toda sociedad, tiende a hacer converger las actividades de sus miembros hacia sus intereses propios. Hay una tensión permanente entre la misión de la Iglesia que la empuja a enviar a sus miembros hacia el mundo y la tendencia que ella misma tiene, como todo grupo humano, a replegarse sobre sí misma y a buscar su propio desarrollo.

Un ejemplo lo constituye la parroquia latino-americana. Constituida por campesinos, obreros o sub-proletarios de cultura tradicional o de una cultura occidental degradada, la parroquia es un complejo cultural que se impone con tal fuerza que lo concentra todo sobre sí misma. Ignora la realidad cotidiana de las masas y no puede en absoluto atenderla. Sus actividades se desarrollan siguiendo sus propias normas. Y éstas son tan poderosas en relación al universo cultural de los pobres que éstos no tienen más posibilidad de elección que permanecer fuera o bien dejarse absorber por ellas. La orientación *ad intra* es dominante. En cuanto a encontrar en el ámbito de la parroquia un alimento para actuar en la vida cotidiana, para evangelizarla, es impensable. El lenguaje de la liturgia, de la catequesis, de las organizaciones eclesiales no es susceptible de comunicación alguna. Se ofrece a la veneración como un objeto cultural. Todo el sistema vale por sí mismo y tiene su fin en sí mismo. La gente lo acepta tal cual, lo venera o se aparta de él. Generalmente, la Parroquia mantiene un conjunto de obras de asistencia que subrayan las relaciones de dependencia. Por ello la institución se afirma, pero al mismo tiempo manifiesta su indiferencia a las relaciones sociales concretas que existen en la sociedad local.

Por otra parte, la experiencia demuestra que la mayor parte de las veces la parroquia constituye un medio social dominado por la pequeña burguesía local. Donde hay mestizos e indios, la parroquia está acaparada por los mestizos; donde hay blancos y gentes de color, está de hecho dirigida por los blancos. La parroquia no pretende rechazar a estos marginados, simplemente no cae en la cuenta de que lo está haciendo. Para las masas, el único contacto con las instituciones parroquiales será el acto de recibir pasivamente una asistencia.

Distanciamiento entre instituciones y vida

Pero también es verdad que este pueblo continúa dirigiéndose a las instituciones eclesiales en determinadas circunstancias. Se trata casi siempre de recurrir a las fuerzas

sobrenaturales que la parroquia y otras instituciones han sabido canalizar y monopolizar: sacramentos, bendiciones, etc. O bien se trata de prácticas que permiten desarmar los poderes desconocidos: la muerte, enfermedades, enemigos, etc. Constatamos así la distancia que hay entre la concepción que los sacerdotes y las parroquias se hacen de estos ritos y la concepción popular. Incluso toda posible renovación impuesta por disposiciones típicamente clericales, como los cursillos de preparación o catequesis antes de la administración del bautismo, tropiezan con la resistencia de la gente, aunque no se atrevan a expresarla porque saben que la parroquia permanecerá completamente indiferente a su punto de vista.

2) Relaciones verticales y relaciones horizontales

Por más que la eclesiología moderna busque una formulación equilibrada para combinar las diversas dimensiones horizontales y verticales de las comunidades, por su sola formulación el problema no se resuelve: entre un clero integrado en una cultura ilustrada durante veinte años de estudios y las masas analfabetas no hay horizontalidad posible. Las masas viven sometidas a un sentimiento de ignorancia y este sentimiento las paraliza. Por el contrario el cura es un sabio. En estas condiciones su sola presencia hace imposibles las relaciones comunitarias.

La comunidad, el cura la autoridad

La experiencia latino-americana muestra que las comunidades populares cristianas pueden surgir y mantenerse solamente donde no hay un cura viviendo permanentemente. La presencia del sacerdote hace que todo el mundo se paralice y tome conciencia de su incultura. Si el cura está presente y ha podido obviar esta actitud es porque calla sistemáticamente, deja de hablar y de hacerlo todo.

En realidad sucede que la presencia de órganos de cultura superior reduce a un estado de semiclandestinidad las expresiones de una cultura radicalmente más débil. Hay ciertamente grupos de laicos en el interior de los conjuntos eclesiales, pero son puramente agentes de ejecución de los programas definidos por el clero a partir de una problemática diferente. Los catequistas, los presidentes de las asociaciones, son agentes de ideologización de la autoridad: ellos son los que inculcan y alimentan el respeto y la sumisión a la autoridad de la institución. Cuando todo el aparato institucional está dominado por la afirmación de una verticalidad casi trascendente, las relaciones horizontales no pueden producirse. Las relaciones horizontales suponen que las decisiones puedan depender de un acuerdo o de una búsqueda hecha conjuntamente. Y cuando no hay nada que poner en común, una reunión es la cosa más enojosa del mundo. Su único objetivo será el de repartir las tareas en la aplicación del programa impuesto. El resultado de esta verticalidad absoluta es que la eclesiología conciliar es inaplicable.

3) La palabra y los sacramentos

La teología católica establece de una manera armoniosa las relaciones y las justas proporciones entre el culto y la palabra. Pero en el plano de la realidad popular estas

proposiciones desaparecen y todas las legislaciones adquieren un carácter mítico. En efecto, en la iglesia sólo habla el sacerdote. Ello hace resaltar de una manera extraordinaria el carácter sobrenatural y casi mítico de esta palabra. Representa la sabiduría pura, respetable por encima de todo, pero de tal forma que su contenido no importa. La palabra se convierte en celebración sin contenido. He conocido personas que creían todavía que el cura hablaba en latín, cuando hacía ya tiempo que hablaba en lengua vulgar. Para ellos, todo era latín, es decir, algo sagrado, autoridad pura. Y lo mismo sucede con la palabra bíblica. La lectura que se hace del evangelio en la misa dominical es radicalmente inútil. La Palabra de Dios, en la mentalidad de estas gentes, está hecha para ser venerada pero no para ser comprendida.

Una palabra no escuchada

Para poder ser escuchada y comprendida la palabra debe ser pronunciada no solo en la lengua sino también en el ritmo, el modo de pensar y de avanzar, según la lógica y la sintaxis de la gente y en un contenido que invita no a la pasividad sino más bien a la búsqueda. ¿Cómo crear este contexto?

Para las masas, la palabra no existe. Existirá el catecismo para los niños que es como un examen que hace falta pasar. El poco contenido que haya podido ser memorizado será olvidado rápidamente. Lo que permanecerá serán las tradiciones religiosas, familiares y locales; lo que no se aprende en el catecismo.

En la ausencia de la palabra, los cristianos pueden organizar su vida cristiana alrededor de los sacramentos y sacramentales, oficiales o no. En la ausencia de una explicación comprensible de los sacramentos, prevalece el sentido que les confiere la tradición. Los curas tienen una teología de los sacramentos y la gente otra muy distinta. Como ninguno de los dos grupos entiende la teología del otro, reina la paz sobre la base de un malentendido institucionalizado. El culto ha suplantado enteramente a la palabra. Entonces se comprende perfectamente el hecho psicológico que se produce en el espíritu de los pobres que se convierten al protestantismo: tienen la impresión de haber oído la palabra de Dios por primera vez, de ser la primera vez que se les habla de Cristo.

4) Elites y masas

En la Iglesia latino-americana las masas están copadas por elites de toda clase. Sobre todo de aquellas que han sido preparadas especialmente para encuadrarlas. Durante mucho tiempo se justificaban los colegios, siempre reservados a las clases privilegiadas, diciendo que se formaba así una elite apta para cristianizar, civilizar y educar a las masas populares, pero estas minorías han dejado a las masas en un estado de abandono completo y no han ayudado a la Iglesia a ser una presencia viva en los medios populares.

Con la época de los movimientos de acción católica y del apostolado especializado han surgido nuevas minorías muy diferentes de las otras. Éstas han desembocado casi siempre en una acción política directa, pero se han alejado de las masas, con las cuales no comparten la mentalidad ni las aspiraciones. La formación apostólica significa

siempre una promoción social individual y son rarísimos los casos de aquellos que vuelven a sus orígenes sociales.

Clero y funciones culturales

Si se trata del clero esta elite está más que ninguna alejada de las masas tanto más cuanto que éstas la reconocen y la quieren, pues le reconocen un papel irremplazable en su universo cultural. El cura es un personaje popular que entra en las anécdotas que se cuentan y que, por otra parte, presta sus servicios. Es tanto más apreciado en cuanto cumple lo que de él se espera y se abstiene de intervenir en lo que "no le toca". Es necesario incluso que se preste a la crítica pues ello forma parte del folklore nacional. Por su parte, el cura intenta convencer a algunos de sus parroquianos de la excelencia de las prácticas que intenta implantar; el pueblo incluso podrá llegar a aceptar alguna de las fantasías del cura. Se llega así a un *modus vivendi* de concesiones mutuas y basado sobre una ponderación de la fuerza real de cada una de las partes. En realidad no hay formación de un conjunto armonioso en que la elite eduque a las masas, ni existe una comunicación de hecho.

El problema de la comunidad: un umbral a franquear

En estas condiciones la experiencia muestra que para que la comunidad pueda comenzar a existir es necesaria una ruptura, es necesario franquear un cierto umbral que no es alcanzado en las estructuras tradicionales. Las comunidades deben poder formarse a partir de grupos definidos por las condiciones de vida y cultura de los mismos pobres. El cambio es posible, pero el principal obstáculo lo constituye siempre la resistencia del medio parroquial y a menudo del mismo sacerdote que se identifica con este medio y tiene miedo de perder su prestigio o, eventualmente, una parte de sus recursos. ¿Cuáles son las características de este umbral?

Es necesario en primer lugar que el centro de interés de la comunidad sea el mundo de la vida cotidiana que constituyen las gentes sencillas y no el mundo de las actividades parroquiales.

Comunidades de la palabra

La palabra debe pasar por delante de los sacramentos y el culto. Es necesario que la gente pueda escuchar, pero para escuchar es necesario que puedan hablar. Solo a través de un diálogo de ritmo lento la gente puede llegar a hacer suyo el pensamiento. Ello exige tiempo, y los sacerdotes y las personas cultas no tienen paciencia para ello. Las reuniones deberían reservar un espacio grande al comentario dialogado de la palabra.

Una teología más sencilla

La influencia de la teología europea no ha sido beneficiosa en Latinoamérica. Ha habido una inflación de conocimientos discursivos con el consiguiente olvido de los auténticos problemas. Lo que aquí es necesario es el esclarecimiento de las grandes evidencias de

la fe cristiana, los puntos fundamentales y la voluntad decidida de afrontarlos y de no dejarse llevar por disquisiciones que pueden ocupar a otros cristianos, pero que en Latinoamérica se convierten en ciencia inaplicable e inútil.

Los ministros de las comunidades

El ministro es aquel que deberá llevar a la comunidad más allá de sí misma. ¿Cómo puede hacerlo si no es uno más de ella y su emanación? Por eso el modo de elección debe ser resuelto no a partir de principios, sino a partir de las condiciones locales concretas. Es necesario que haya un consentimiento de la comunidad tal como es tradición en la Iglesia. Este consentimiento no quiere decir que la autoridad emane de la comunidad. La experiencia reciente muestra que los jefes no son elegidos por la comunidad: ellos mismos se imponen por su entrega, por su iniciativa, su mejor visión, por un carisma más fuerte. Pero la comunidad los acepta porque reconoce su valor.

El problema pastoral consiste en esto: que el servidor de la comunidad sea tal que pueda efectivamente permitir la existencia de la vida comunitaria y que no sea él el principal obstáculo. Y eso depende sobre todo del tipo de preparación que se le haya impuesto. La experiencia muestra que todos los modos de formación que separan al ministro de su comunidad le hacen incapaz de dirigirla. El que ha sido trasplantado de su comunidad ya no vuelve. Se perdió para los pobres. Se ha dado a los candidatos (mediante los cursos de diáconos o seminarios especializados) una cultura verbalista y artificial que ha creado un foso entre ellos y la gente: sin lenguaje común no hay comunidad.

La formación

La formación es dada por la práctica del ejercicio del ministerio, la puesta en común de las experiencias y la reflexión con los conceptos teóricos que se revelan estrictamente indispensables. Los responsables diocesanos deberían suprimir implacablemente todos los conceptos de los que no pueda mostrarse positivamente que son, aquí y ahora, imprescindibles.

Es deseable sin duda que aumenten progresivamente los conocimientos abstractos, pero ello debe hacerlo toda la comunidad al mismo tiempo, pues si no, hay peligro de formar un cuerpo de letrados o funcionarios y no ministros de la comunidad. No son vocaciones lo que faltan, sino más bien su aceptación por parte de los responsables de las iglesias locales. Es cierto quizás que los burgueses temen aceptar responsabilidades eclesiales, pero este miedo no existe en las clases populares.

Todo lo dicho no supone ningún problema doctrinal o teológico. Ni siquiera hace falta apoyarse en teologías modernas. Incluso la antigua eclesiología pre-conciliar podría llevarlo a cabo. Hace falta solamente el coraje de las decisiones. No es necesaria ninguna reforma previa, teológica o canónica, pues existen de hecho todas las condiciones para ello. Lo decisivo es el valor de la decisión. Y esto sí que es lo más difícil como lo saben por experiencia los que han hecho la prueba.

Tradujo y condensó: JAIME CISTERO y MINGO MELERO